

de algunos estudiantes seducidos por su grácil silueta, su cabello rubio ceniciento y la musicalidad de su exótica pronunciación francesa. Ajena a los galanteos y absorta en su trabajo febril, su única distracción era reunirse con los estudiantes y emigrantes polacos a evocar su Patria, cada vez más querida. Después de convivir una temporada con su hermana y su cuñado, se fué a vivir sola en una buhardilla próxima a la Universidad. De carácter independiente, no quiso seguir con sus parientes ni vivir en comunidad con otras muchachas estudiantes, que la distraerían de sus estudios con bromas, diversiones y reuniones juveniles. Su existencia fué la de un anacoreta. Durante semanas y semanas sólo comía pan y mantequilla y bebía té. Estudiaba en las bibliotecas públicas y en su celda, abrasando sus ojos con las trémulas luces de gas o de petróleo. Algunas noches no dormía más de cuatro horas. Acreditada como estudiante modelo, los más famosos profesores de la Sorbona empezaron a confiarle delicados trabajos de laboratorio. Al mismo tiempo su rubia belleza seguía provocando admiraciones y galanteos, pero al parecer en su alma no existía sitio para el amor. Sin embargo...

Corría ya el cuarto año de sus estudios parisinos cuando la casualidad puso en contacto en el laboratorio a la estudiante polaca con el Profesor Pedro Curie, a principios de 1894. María contaba ya veintiséis años. Pedro, sin representarlos, andaba en los treinta y cinco. Era un hombre alto, de facciones correctas y mirada penetrante. Reservado, silencioso, tímido. Descuidado en el vestir, aunque no desaliñado.

Desde el primer momento, todo lo referente a la extranjera interesó a Pedro, famoso físico, autor de valiosos trabajos y hallazgos y hombre de gran finura intelectual, algo des-

engañado del amor como María. La conversación, iniciada un poco con «Las generales de la ley» —estudios, aficiones, proyectos— se convirtió pronto en diálogo científico, en el que el sabio se sintió fascinado por el encanto y naturalidad con que la extranjera comprendía sus ideas. Encontrándola bonita e interesante, le causó súbita tristeza pensar cuando terminara su licenciatura tuviese que regresar a su patria lejana, de la que hablaba con más ardor todavía que de la ciencia.

A María no le impresionó demasiado el ilustre personaje. El, en cambio, adivinó en seguida la alta calidad moral e intelectual de la muchacha y se hizo el encontradizo con ella en las sesiones de la Sociedad de Física, le envió sus trabajos dedicados y llegó a presentarse alguna vez de improviso en el laboratorio en que ella trabajaba. Cada nueva entrevista aumentaba su admiración, ya muy próxima al enamoramiento. La seriedad de María no le daba pie para vencer su timidez, por lo que se limitaba a decirle que no podía irse definitivamente a Polonia y abandonar la ciencia. María comprendía que a quien Pedro quería que no abandonase era a él.

Al llegar las vacaciones, María le anunció su marcha, tal vez para siempre. Pedro, desesperado, le pidió que se casara con él. María contestó tan rápidamente, que un hombre más experto en el conocimiento del alma femenina hubiese comprendido que sus palabras estaban muy pensadas. No obstante su aparente indiferencia, María esperaba la declaración y tenía estudiada la réplica. Lo que más dolió a Curie fué que María considerase la aceptación del puro amor que la brindaba como una traición a su patria y a su familia. De buena gana hubiese replicado —como sabio— que la patria y la familia del genio son el mundo y la Humanidad.